

MARIO BENEDETTI

UN CHILENO
CASI URUGUAYO

EL LUNES pasado, don Ricardo Latcham murió en La Habana. Habría que agregar que cayó en acto de servicio, en plena función crítica, ya que integraba el jurado del Concurso Literario que anualmente es convocado por la Casa de las Américas. Pocas semanas atrás había estado en Montevideo. Para quienes en esa ocasión charlamos largamente con él, y lo vimos tan vital, tan bienhumorado, tan pródigo como siempre, la noticia nos suena hoy como algo increíble. Desde luego sabemos que dentro de unos días otra sensación, más contrita y desgraciadamente irreversible, se consolidará en nuestra verídica jornada; pero la verdad es que por ahora resulta totalmente inverosímil que aquel amigo entrañable, aquel estupendo conversador, aquel francotirador vocacional (ésta era tal vez la denominación que él más apreciaba), se haya llamado definitivamente a silencio.

Seguramente Chile, su país natal (había nacido en La Serena el 17 de abril de 1903), y toda América Latina, sentirán el golpe bajo que significa esta pérdida, pero los uruguayos tenemos razones muy particulares para experimentarla como una desgracia propia, como un mal azar de nuestra vida intelectual. Durante cuatro años (desde 1959 a 1963), Latcham fue embajador de Chile en nuestro país. Durante ese lapso, otorgó a su cargo una dimensión humana, un interés por lo nuestro, una capacidad de diálogo, un empuje cultural que sirvieron para despojar su gestión de toda rutina burocrática. Latcham no sólo no hizo sentir nunca su extranjería, sino que nos fue paulatinamente convenciendo de que chilenos y uruguayos éramos (con excepción del rubro vinos) casi compatriotas.

Justamente por ser tan poco diplomático, en el sentido más paralítico del término, Latcham rozó susceptibilidades, provocó cóleras, desprestigió el énfasis. Ni la pompa ni la hipocresía eran su fuerte. Sin

grandes discursos, sin ampulosas ceremonias, trajo de Chile exposiciones de arte, compañías de teatro y de ballet, conjuntos folklóricos; dio innumerables conferencias sobre narradores y poetas chilenos; presentó escritores de Chile a sus colegas uruguayos. Constante nexo entre ambas realidades culturales, difundió (desde antes de venir al Uruguay ya era profundo y sensible conocedor de nuestras letras) en Chile y en toda América la obra de nuestras nuevas promociones literarias. Como resultado, durante su permanencia en Montevideo, se supo más en el Uruguay del panorama literario y artístico de Chile, y más en Chile del panorama literario y artístico del Uruguay, que en todos los años anteriores a su gestión.

Pero lo mejor, lo más disfrutable de esa comprobación, fue que Latcham no se limitó a establecer vínculos, a efectuar meras presentaciones. Como escritor, como ensayista, y sobre todo como chispeante conversador, fue en sí mismo una personalidad fuerte, lúcida y vivaz, que no dejó pasar los libros y los autores, las noticias y los ecos, sin vivificarlos con su opinión. Fue, en este aspecto, un nexo activo, y como tal tuvo una importante significación en la vida intelectual uruguaya de estos últimos tiempos. Es bueno que de vez en cuando, alguien nos vea simultáneamente desde dentro y desde fuera, y hable con franqueza (con la franqueza que tanta falta hace en lo que Latcham llamó alguna vez "nuestro gran continente mestizo") de ese amplio patrimonio de virtudes y defectos que forman la incanjeable cultura latinoamericana. Como aliado o contendor en cualquier diálogo, Latcham fue siempre un interlocutor estimulante, intelectualmente provocativo, un amenísimo monologuista, con un registro de anécdotas (literarias y no), extraídas de lo que un escritor salvadoreño denominó "una memoria monstruosa, que torna el fichero casi innecesario".

Algunas de sus frases, algunas de sus etiquetas, han quedado insertas para siempre en la tradición oral del Río de la Plata. En 1963, por ejemplo, participó en el Coloquio que organizara el Pen Club de Buenos Aires, y una de sus frases arrancó una ovación de la zona más joven del público argentino: "Si los escritores se reúnen para discutir estética, es mejor que se queden en su casa". Durante su estadía en Montevideo, Latcham nunca se reunió con los escritores uruguayos para "discutir estética", sino para tratar de desentrañar, en una aproximación llena de simpatía, este trozo de realidad latinoamericana que nos ha tocado en suerte.

En varias oportunidades le hice reportajes, sintetice sus conferencias (varias de ellas aparecieron en *La Mañana*), recabé sus impresiones sobre algún tema concreto. Repasando ahora esos recortes, me encontré

con unas palabras que él pronunciara en la Universidad de la República, la tarde en que los intelectuales uruguayos le brindaron un cálido homenaje: "Cuando alguien ha dicho en forma insidiosa que yo no amo al Uruguay, quiere decir que no conoce su propia tierra. Estoy unido a esta tierra no por el ropaje diplomático, transitorio y a veces deleznable, sino por algo más hondo, que sale de la sangre, de la raza, de la voz palpitante de la tierra, de los paisanos, de los hombres humildes del Cerro, con quienes me he paseado en medio del escándalo de los mojigatos y de los diplomáticos de pechera tiesa. Estoy vinculado a esta tierra por la suavidad acariciadora de sus playas del Este, por esa gente del Interior (una palabra que sólo escuché antes en Panamá), en donde he recogido la flor de la amistad uruguaya'. Creo que esa cita explica, con bastante aproximación, los motivos de las simpatías (y también de los resquemores) que suscitara en este medio. También explica por qué lo hemos considerado siempre como uno de los nuestros.

(*La Mañana*, Montevideo, 29 de enero de 1965).